

Esto hace ver que San Pacomio había venido á ser como el padre comun de todos los solitarios, que creían tener derecho de dirigirse á él en sus necesidades espirituales, ya fuesen de su orden ya viviesen bajo otras reglas. Los abades de diferentes monasterios y algunos obispos recurrían tambien á él en casos difíciles, como á un hombre que recibió del cielo extraordinarias luces.

Capítulo IV.

La gran sabiduría de San Pacomio no podia menos de hacer florecer todas las virtudes monásticas entre sus religiosos. Así que podía considerarse la orden de Tabennes como un prodigio que Dios había obrado para la salvacion de las almas, y como un modelo que proponer á todos los que querían reunir hombres para conducirles á la más eminente perfeccion. El mismo San Pacomio no lo consideraba de otro modo; no por alguna complacencia del amor propio sino por un sentimiento de la misericordia del Señor para con una obra que solo había emprendido por orden suya.

Véase en Tabennes una multitud casi innumerable de fervorosos religiosos, cuyo estudio único era desembarazarse del peso del siglo, para llevar con mayor facilidad el amable yugo de Jesucristo.

Estos religiosos vivían estrechamente unidos unos á otros con lazos de una muy pura y muy santa caridad. Animábanse mutuamente á hacer progresos en la vida del espíritu. Alimentábanse espiritualmente con una santa avidez de la palabra de Dios. Solo conversaban entre sí de los medios de triunfar de las pasiones y del demonio y de llegar á una consumada santidad; y aun cuando muchos de ellos no fuésen sino campesinos recogidos de las aldeas circunvecinas, y por consiguiente sin cultura de espíritu estaban lle-

nos de la sabiduría de Dios por el estudio asiduo que hacían de las máximas del Evangelio y por la comunicacion de las luces del cielo que recibían en abundancia.

Después de esto, nadie se admirará de que muchos de ellos hubieran sido elevados al episcopado y de que, habiéndose hecho célebre por todo el mundo el monasterio de Tabennes, acudiesen á él en tropel no solamente de todo el Egipto y de la Armenia, sino tambien del Occidente y de las extremidades de la tierra conocida; los unos para asegurarse por si mismos de las maravillas que habían oido contar de él; los otros, para alistarse allí bajo la disciplina del gran Pacomio.

Un edificio de santidad tan sólidamente fundado y tambien cimentado por los trabajos del Santo, parece que debia haberse sostenido hasta el fin de los siglos; pero la debilidad del hombre es extrema; y aun cuando en tiempos de San Jerónimo, de Rufino, de Paladio y de Casiano que hablan de él con tanta distincion, esto es, unos cincuenta años poco más ó menos después de la muerte de San Pacomio, los religiosos de Tabennes fuesen todavia muy regulares, sin embargo el gran número introdujo allí, junto con la necesidad de multiplicar los bienes la solicitud del siglo. Esta solicitud unida á la negligencia y hasta la ambicion de algunos superiores, llevó la relajacion en una gran parte, y finalmente con el trascurso del tiempo, Tabennes vino á ser una prueba de la fragilidad humana, así como había sido bajo San Pacomio y sus principales discípulos un prodigio de la gracia de Jesucristo.

Esta futura revolucion no fué ignorada del Santo. Dios se la hizo por de pronto entrever por nociones menos distintas; pero aquellas luces escapadas, por decirlo así, del cielo, se las hicieron desear más marcadas, y de ellas tuvo por último un pleno conocimiento por medio de una vision que vamos á contar á la larga como uno de los rasgos más instructivos de su vida.

Saliendo una vez de la oracion sus religiosos para dirigirse al refectorio, él no se fué con ellos, sino que se fué á continuar su oracion en un lugar más secreto, á fin de entregarse allí con toda libertad á los ardientes afectos de su amor por la gloria de Dios. En aquel lugar separado cerró la puerta, y volviendo á ponerse en oracion, insistió principalmente en preguntar á Dios lo que sería en lo sucesivo de su congregacion. Prosiguió con un fervor que iba siempre en aumento, cuando de repente tuvo una vision que le puso en evidencia lo que tanto deseaba conocer.

Vió, pues, á un gran número de solitarios que andaban por un valle extremadamente profundo y cenagoso, del cual queriendo unos salir, eran impedidos; otros chocaban con la frente contra otros que encontraban, porque el lugar estaba lleno de espesas tinieblas; otros se dejaban caer rendidos de cansancio; otros lanzaban lamentables gritos; y otros finalmente, haciendo grandes esfuerzos salían de aquel tenebroso abismo y llegaban felizmente á la luz, lo cual les causaba una grande alegría y vivos sentimientos de gratitud hácia Dios.

Al mismo tiempo le fué dada una clara inteligencia de esta figura, y comprendió que su orden se multiplicaría extraordinariamente; pero que el número de los religiosos flojos prevalecería sobre el de los fervorosos y le oprimiría; que el error, la insensibilidad de corazon y una deplorable relajacion sucederian á aquella hermosa perfeccion que con tanto consuelo veía pacticarse en sus monasterios; que el mayor mal provendría de la falta de buenos superiores, el sitio de los cuales veria ocuparse por sujetos ambiciosos y muy incapaces de gobernar, porque ellos mismos no tendrían práctica alguna de las virtudes y de la observancia regular; que solo llegarían á los cargos por medio de manejos y cábalas, disputándose los unos á otros, lo cual cau-

saría grandes turbaciones en la órden; que en estas discordias de los ambiciosos los malos perseguirian á los buenos, de suerte que estos apenas podrian subsistir en los monasterios y serian reducidos al silencio; y que de este modo, una tan hermosa institucion, que podía llamarse divina, vendría á ser del todo humana por la depravacion de los hombres.

No se puede expresar cuán grande fué el dolor de San Pacomio previendo tantos males; y derramando lágrimas, exclamó: « ¡ Ay, Señor! si esto debe ser así ¿ porqué habeis permitido que se fundasen monasterios? Si en lo sucesivo los superiores deben ser tan malos ¿ qué serán los que tengan bajo su conducta? cuando un ciego conduce á otro ciego ¿ no caen los dos en la misma fosa? Yo he trabajado pues inútilmente. Acordaos, Dios mio, de mis trabajos y de los de mis hermanos, que hoy se ejercitan de todo corazon en una tan santa disciplina. Acordaos de la promesa que me habeis hecho de que me conservaríais hasta el fin de los siglos una raza santa y espiritual. Vos sabeis, Dios mio, que desde que abracé el estado monástico jamás me he saciado ni siquiera bebiendo agua ».

Mientras dirigía así sus quejas al Señor en el exceso de su vivo dolor, oyó una voz que le dijo: « Pacomio, tú te glorificas, mientras que no eres más que un hombre. Pidemi-
sericordia para tí mismo, y no olvides nunca que nada subsiste sino por misericordia. » Entonces Pacomio prosternándose con el rostro pegado á la tierra exclamó: « Si, Señor; yo imploro muy humildemente vuestra misericordia y os suplico que jamás la retireis de mí. Estoy convencido que sin ella nadie puede sostenerse. »

Al mismo tiempo se le aparecieron dos ángeles y le dijeron que levantase los ojos á lo alto, y vió á Nuestro Señor Jesucristo bajo la figura de un jóven de una hermosura y resplandor que no puede expresarse con palabras, el cual

le consoló y le prometió que no obstante la corrupcion de los tiempos que le hacía prever le conservaria siempre una santa posteridad de religiosos que se conservarían en la piedad á pesar del ejemplo de los malos, lo cual se ha verificado en el estado cenobítico en general, del cual San Pacomio puede con justo título ser considerado como el padre.

Apenas podía volver en sí ya á causa de la grandeza del recogimiento que había guardado en su oracion, ya por la admiracion en que se hallaba de lo que Dios le habia revelado. Asistió sin embargo al oficio de la noche con los hermanos y en seguida, habiéndose sentado todos para recibir de él la instruccion, la vision que había tenido le suministró para ella ámplia materia. Exhortoles poderosamente á perseverar en la penitencia que habian abrazado y á servirse para ello del frecuente recuerdo de la muerte, de la vergüenza con que se verían cubiertos los malos religiosos en el día del juicio, de los horribles tormentos que les están reservados, y de las coronas inestimables que están preparadas á los que permanezcan fieles en el servicio del Señor.

Lo que dá mayor certeza á esta revelacion es la experiencia grande que el Santo tenia (Boll. v. S. Pac., c. 7 n. 55.) de aquellos favores extraordinarios con que Dios le honró tan frecuentemente, y sobre los cuales estaba demasiado esclarecido para confundir los que no son más que el efecto de una imaginacion exaltada ó una ilusion del demonio, con los que proceden de Dios.

El espíritu maligno quiso un día engañarle, y se presentó delante de él mientras trabajaba en particular en hacer esteras, diciéndole que él era Jesucristo; pero Pacomio, que tenia el don de discernimiento de los espíritus buenos y malos, no se dejó alucinar. Juzgó del que se le aparecía por las impresiones que hizo en su alma. « La presencia de

Jesucristo, dijo él para si mismo, va acompañada de paz; su vista inspira alegría y está exenta de sobresalto; aleja los pensamientos de la tierra é inspira un deseo ardiente de la eternidad, y ahora yo me siento turbado y agitado de diversos pensamientos bajos y terrenos. » Pertrechóse al instante con la señal de la Cruz y sopló contra el espectro, diciéndole: « Retírate, espíritu seductor, puesto que siendo maldito con sus visiones y artificios no podrás encontrar lugar entre los siervos de Dios. » El demonio desapareció al instante, dejando tras de sí en el lugar un horrible hedor.

Apareciósele otra vez bajo una figura humana: pero él se confesó por lo que era y tuvo con él una larga conversacion. Entre otras cosas le dijo (N. 25,) que había recibido el poder de tentarle á él y á sus discípulos; que veía con dolor que en vez de salir con la suya no hacía sino procurarles motivos de mérito por la resistencia que hacían á sus tentaciones; pero que esperaba que despues de su muerte, no estando ya sus religiosos sostenidos por su vigilancia y sus instrucciones, podría más seguramente hacerle caer en sus lazos.

Díjole tambien que por débiles que fuesen los demonios, (N. 26.) sobre todo despues de la encarnacion del Verbo, que había aniquilado sus fuerzas, no estaban sin embargo por esto ociosos ni eran negligentes en procurar la pérdida de los religiosos; que trabajaban sin cesar en engañarles; que cuando veían que por poco que fuese se dejaban lisonjear por sus sugestiones, entonces redoblaban sus esfuerzos para hacerse enteramente dueños de su corazon y reducirlos á su poder; pero si, en lugar de escuchar la tentacion, los hombres la rechazaban desde el principio, vigilaban más sobre si mismos y permanecían más firmes en la observancia de su regla, entonces se veían obligados á dejarles y á escaparse.

Pacomio, oyendo estas cosas, lanzó un profundo suspiro y dijo con voz fuerte á aquel espíritu de tinieblas y á los de su séquito : « ¡ Cuán infatigable es tu malicia ! puesto que no cesará jamás de ejercer su crueldad contra los hombres, hasta tanto que la virtud divina, que es el Hijo de Dios, baje de nuevo del cielo para destruir enteramente tu poderio. » Al instante le conjuró por el nombre de Jesucristo para que se retirase, y desapareció en seguida.

Esto había sucedido durante la noche, cuando el Santo, acompañado de Teodoro, iba á los monasterios para ver si todo estaba allí en buen orden. Al dia siguiente juntó á sus principales discípulos á quienes comunicó lo que había visto y oído ; y se lo escribió á los superiores de los otros monasterios à fin de que, sabiendo estas cosas, se conservasen siempre más en el temor de Dios.

No podemos referir todos los milagros que hizo San Pacomio. Arrojó los demonios de los cuerpos de un gran número de posesos, y tuvo el don de curar á los enfermos ; pero prefería los milagros invisibles de la curacion espiritual de las almas á los milagros visibles de la curacion de los cuerpos.

Rogándole uno de sus religiosos que le contase alguna de las visiones que había tenido, él respondió : « No es permitido á un pecador como yo soy desear tener visiones. Obraría en esto contra la orden de Dios y caería en la ilusion ; pero, añadía él, he ahí una vision muy maravillosa : Yo llamo así la vista de un hombre, en quien se reconoce una perfecta pureza y una profunda humildad de corazon ; porque ¿ qué cosa hay más grande y maravillosa que considerar que la magestad de Dios habita por estas virtudes en este hombre como en su templo ? »

Un abad herege le envió algunos de sus monges, que estaban cubiertos de cilicio, para imponerse mejor con este

exterior de mortificacion, y les hizo hacer de su parte esta proposicion digna de su orgullo é hipocresía « Si sois verdaderamente un hombre de Dios, y si os gloriáis de que oye vuestras oraciones venid á pasar conmigo el rio á pié enjuto, para que dé á conocer cuál de nosotros dostiene mayor confianza en Dios « Pero el Santo rechazó este desafio con indignacion, y mandó dar á aquel abad esta modesta respuesta : « Todo mi estudio y todos mis esfuerzos no tienden más que á evitar el caer en los terribles juicios de Dios, y no á intentar el hacer semejantes milagros. »

Admirándose sus discípulos de que un herege hubiese tenido la temeridad de empeñarse en hacer un prodigio de esta naturaleza, les dijo que Dios podía permitir que lo hiciese con el auxilio del demonio, el cual por allí le tendría siempre más abismado en su impiedad y á los que tenían la desgracia de adherirse á sus errores. Les añadió que no se hinchasen de vanidad por las obras buenas, y que jamás desearasen hacer estas especies de prodigios, porque Dios condena tales deseos en la Escritura, prohibiendo intentarlos.

La pureza de su fé, y su zelo por la defensa de la Iglesia le inspiraban una veneracion y una estima particulare para con el gran San Atanasio, que era su intrépido defensor y que tanto hacía sufrido por su causa. Estaba igualmente hacia un tierno afecto lleno de todos aquellos que sabía que se interesaban por la fé ortodoxa, tomando parte en ello con todo el fervor de su alma, y dirigiendo á lo mismo sus más fervorosas oraciones:

Concebía un gozo extremo de la firmeza y progreso de los católicos ; pero no podía saber sin dolor los estragos que hacían los arrianos. Recomendaba á sus discípulos que jamás tuviesen union con ellos ni con los otros enemigos de la verdad, y que ni siquiera orasen con los que les favorecían.